

LAS ADOLESCENTES FRENTE AL PROBLEMA DE LA INICIACION SEXUAL

Carlos ALCALDE GÓMEZ, F. S. C.
Salamanca

III. SOLUCIONES

En el artículo anterior¹ hemos comprobado la serie de peripecias por las que han tenido que pasar nuestras adolescentes en busca de una respuesta razonable a los interrogantes sobre el origen de la vida. Hemos observado también la escasísima ayuda que para encontrarla han recibido de los responsables más directos de su educación integral. Ahora van a expresar lo que hubieran deseado de esas mismas personas y lo que esperan se haga con los niños y adolescentes futuros en este aspecto concreto de la formación.

NECESIDAD DE UN INICIADOR COMPETENTE.

Lo primero que manifiestan clamorosa y unánimemente es un urgente deseo de que no se les deje solas y abandonadas a su suerte frente al problema de la información o iniciación sexual².

¹ Cf. SINITE 7 (1966) 239-272.

² «Es criminal y anticristiana —piensa a este propósito un adolescente— la actitud de muchos padres que parecen olvidar las preocupaciones de sus hijos, se desentienden de estos problemas y dejan correr las cosas tranquilizándose con aquello de que "ya se lo enseñará la vida". ¡Sí, la vida se lo enseñará, pero a qué precio y de qué manera!» (15,2). Y una adolescente añade: «Es un crimen que nuestras madres *escurran el bulto*» (17,4).

Consultadas si debería existir, a su juicio, una persona encargada de revelar a los niños con limpieza y claridad los misterios del origen de la vida, la totalidad de las adolescentes contestan rotundamente que sí³. Por lo demás, ellas mismas justifican y razonan en seguida sus puntos de vista. Dicen que así se tendrían ideas claras sobre estas cuestiones. Se mataría esa enorme curiosidad que siente la niña desde muy temprano por estas verdades. Se mirarían todas estas cosas con ojos puros como queridas y dispuestas por Dios. Se evitarían bastantes pecados y se remediarían no pocos vicios. Se ahorrarían a la niña muchas dudas y preocupaciones. Sería un medio para que ésta conservara siempre la confianza en los padres⁴.

³ Para ser del todo exactos, hay que decir que existe un 1,7 por 100 que no lo consideran necesario. Pero examinados detenidamente los motivos, se observa que son del mismo parecer que la inmensa mayoría. Sólo que el recuerdo del influjo pernicioso que ejerció en ellas la iniciación realizada por una persona inepta o malintencionada les mueve a repudiar todo tipo de intromisiones y a abogar por que cada cual se informe por su cuenta.

He aquí cómo se expresan las muchachas: «Sí, sí y sí. Por lo menos espero que si algún día tengo hijos, les explicaré esto de una manera delicada para que no experimenten lo que yo» (16,11). «Sí, desde luego. No sólo creo que debería existir, sino que es un verdadero crimen para la moral que no exista» (17,6). «No creo que debería existir, sino que es imprescindible que exista» (18,1). «Sí, lo considero enormemente necesario, indispensable, muy necesario» (16,2). «Creo que es necesario, pues ni los libros ni las conversaciones oídas, ni las compañeras pueden revelar tan bien como lo haría una persona que ya ha vivido la vida» (17). «Sí. Y de hecho debería existir. Ya que nosotras no lo supimos con claridad, por lo menos que lo sepan nuestras hermanas, y el día de mañana, nuestras hijas» (15,7). «Indudablemente, y cuanto antes mejor, aunque en algunos casos sea demasiado pronto. Es mejor recibir una mala impresión de una persona mayor que no por niños» (19,7). «Desde luego, tiene que encargarse una persona de ello. No hay derecho a que haya niñas que se enteren mal por no existir tal persona» (15,4).

⁴ «Sí, pues no sabe el daño que se nos hace cuando nos dicen esto, y de qué formas» (15,5). «Creo que no, afirmo que debe existir, y así evitar esa serie de secretos que te llenan de curiosidad y piensas que por ocultarlo es malo» (18,3). «Desde luego que sí. Quitaría muchos malos ratos pensando ¿cómo será?, ¿por qué será?, etc. Y también quitaría en las niñas ese afán de escuchar las conversaciones de los mayores» (18,6). «Lo juzgo necesario porque así se evitaría a muchas chicas el pasar por trances difíciles para ellas y que dejan profunda huella» (19,6). «Sí lo creo conveniente, pues se evitarían muchas de las cosas que hacen los niños y las niñas para enterarse de la verdad» (16,10). «Creo que sí, pues de lo contrario, todos los niños y niñas están pecando hasta los trece o catorce años» (16,3). «Yo creo que es necesarísimo. Se evitarían conversaciones entre las amigas perjudiciales muchas veces, pensamientos sucios, dudas, y, sobre todo, perder la confianza en los padres al no decírtelo ellos» (17,4). «Sí, porque se evitaría que, como a mí me ha pasado, al enterarme, pensase en ello como cosa algo mala y no hiciese otra cosa sino llevar mis pensamientos hacia ello» (17,2). «Sí. Es un gran error el tener a un niño engañado de que procedemos a venimos al mundo por medio de animales» (19,2). «Rotundamente sí. Yo misma, así como otras muchas chicas, lo hemos pasado muy mal sin tener en quien confiar para esto. Lo difícil es adivinar quién te lo hará con agrado» (16,1).

Pero ¿a quién juzgan las adolescentes persona ideal para dar esa correcta y cristiana ilustración?

No existe, naturalmente, unanimidad en sus opiniones, como lo indica la tabla XV.

TABLA XV.—Iniciadores ideales según las adolescentes

INICIADOR	FRECUENCIAS	%
Madre	694	82,1
Padres	78	9,2
Padre	13	1,5
Profesora religiosa	321	38,1
Profesora seglar	49	5,8
Sacerdote	146	17,2
Religioso	8	0,9
Persona mayor	103	12,2
Amiga mayor	23	2,7
Hermana mayor	54	6,3
Tía	15	1,7
Abuela	6	0,7
Prima	2	0,2
Libros	2	2,2
Especialista	19	0,1
No sabe	1	0,2

Aparece, con todo, de forma manifiesta y clara, la orientación general de sus preferencias, las cuales se polarizan casi exclusivamente en torno a tres ejes: padres, educadores y sacerdotes. Y precisamente en ese mismo orden.

A la inversa de los muchachos, que situaban al sacerdote en segundo lugar, después de los padres, las muchachas lo colocan en tercer puesto, a continuación de las educadoras y a distancia considerable de éstas. La razón es obvia: el sacerdote es hombre, además de ministro del Señor.

De todos modos, y esto es lo verdaderamente interesante, a la hora de decidirse, las muchachas piensan en primer lugar en sus educadores natos, los padres, las madres sobre todo. De ahí que el 92,8 por 100 opten por éstos y vean en ellos las personas más indicadas para hablarles de estas materias ⁵.

⁵ «Los padres, y mejor la madre. Es la más apropiada, y creo que con esa explicación podrá la madre ganarse la confianza de su hija. Porque soy de

Los sacerdotes y educadores acaparan también buen número de preferencias. Mas, como acabamos de decir, aun reconociendo su esmerada preparación y la limpieza y claridad con que puede exponer estos temas, las adolescentes ven en el sacerdote, además, al hombre, lo que constituye muchas veces un obstáculo para abrirse espontáneamente a él⁶. De ahí el que le antepongan la educadora como iniciador ideal. Esto no quiere decir que en no pocos casos no les preste el sacerdote ayuda eficazísima⁷. Pero si algo significan las cifras, ahí está sólo ese 18,1 por 100 de muchachas que optan por el sacerdote, frente al 43,9 por 100 de las que se deciden por la educadora propiamente dicha⁸.

la opinión de que ahora no se tiene confianza en las madres» (17,6). «En mi opinión, nadie mejor que una madre. Aunque a veces también ellas descuiden este deber primordial; y cuando sus hijas lo saben por otros conductos, nace en ellas como una especie de resentimiento por no haberles preparado anteriormente» (15,11). «La madre. Creo que al explicar esa intimidad, es más fácil hacerse su íntima. Si no te lo ha explicado, jamás» (19). «Creo que la mejor persona son sus mismas madres. Además de ser quien mejor se lo explique, es un modo de hacerles ver a sus hijas que ella puede y tiene gran interés por contestar a sus dudas: es un modo de ganarse la confianza» (16,8). «La más apropiada parece la madre, pues ella conoce bien a sus hijos y sabe cómo puede penetrar en ellos sin causarles ningún mal. Yo, por mi parte, si llego a ser madre, que lo espero, se lo diré yo misma del mejor modo posible, sin engañarles con cuentos de cigüeñas y de París» (16,8). «Para mí, creo que la persona más indicada debería ser la madre. Adquirirías de esta manera una gran confianza y la tratarías como una amiga más. Si no te lo dice ella, ya pierdes toda confianza y es muy difícil recuperarla íntegramente» (17,4).

⁶ «La madre o un sacerdote muy experimentado» (15,8). «El Director espiritual lo puede aclarar muy bine, aunque a veces nos dé un poco de vergüenza, ya que es hombre» (18,9). «Un sacerdote que hable con claridad y no con palabras rebuscadas que no se le entienden» (17,7). «La mejor persona es nuestra madre. Después de ella, una profesora con la que tengamos mucha confianza, pues para un sacerdote me parece una cosa muy delicada» (17). «Si tienen confianza con las madres, pues con ellas. Pero si no (como en mi caso), con una profesora religiosa, pues los confesores son hombres» (15,1). «Si no es la madre o la religiosa de confianza, podría ser un confesor; pero me gusta menos, pues es un hombre, además de sacerdote.»

⁷ «Yo, cuando he sido mayor, todas mis dudas me las ha resuelto el confesor, y creo que me ha dado muy buen resultado» (20,10). «Las aclaraciones de un sacerdote me hicieron mucho bien» (19).

⁸ «La madre si está en condiciones de hacerlo en todos los sentidos. Una profesora religiosa la encuentro muy bien» (17,11). «Una religiosa, porque las madres no se dan cuenta que las hijas van creciendo y ya no son unas niñas. Para ellas siempre seguimos siendo niñas» (18,8). «La madre o una profesora en la que se confíe y por la que se tenga simpatía, ya que si no, no se le hace caso» (15,7). «Si la niña va a un colegio de religiosas, aquella religiosa encargada o la que sea más preferida para ella. Y si va a una escuela cualquiera, la maestra, si es que está lo suficientemente formada» (19). «Yo creo que las religiosas, pues yo en el lugar de mi madre me daría un poco de vergüenza, y yo al escucharla también me produciría algo de vergüenza» (18,4). «Si la niña va a algún colegio, la Madre Prefecta o la Madre encargada del grupo. Pero que se comprometiera a decirlo a todo el grupo y no sólo a quienes se lo pregunta-

Si son tantas las muchachas que ponen su confianza en las educadoras, deben pensar éstas en la grave responsabilidad que tienen, sobre todo en los internados. Es muy posible que una niña interna pase tremendamente sola, o pésimamente acompañada por las amigas, momentos de verdadera angustia por la desidia, el temor, los escrúpulos o el injustificado pudor de quienes hacen entonces las veces de padres respecto de ella. Al hablar así, nos apoyamos en las declaraciones de algunas adolescentes⁹.

Fuera de esas tres fuentes de información que hemos señalado, algunas se inclinan por una persona bien formada, tanto moral como religiosamente. Hay también unidades que mientan a una hermana o amiga mayores buenas, con toda la realidad que entraña ese adjetivo. En el fondo, todo se reduce a lo mismo. A la hora de pensarlo serenamente, las adolescentes no aceptan como iniciadores más que a personas de garantía, y rechazan de plano la intromisión de todos los demás factores.

Esto se ve bien claro si nos fijamos en el capítulo de los amigos. ¿No es acaso revelador el hecho de que sólo un 2,7 por 100 se acuerden en este momento de la amiga, de una amiga buena, cuando anteriormente un 41,2 por 100, para la *primera iniciación*, y un 30,9 por 100, para la *iniciación completa*, han afirmado que la ilustración procedente de una amiga les produjo efectos beneficiosos o indiferentes?¹⁰

ran, porque quienes no lo hacen son quienes más necesidad tienen de saberlo» (19).

⁹ «Me quejo solamente contra el internado en que estuve, porque no se ocuparon demasiado de formarnos en este aspecto» (21,9). «Contra las religiosas que me han formado, ya que hasta los catorce años me han tenido con los ojos cerrados» (15,9). «Contra mis primeras educadoras, que hasta los catorce años (cambié de Colegio) se preocuparon únicamente de formarme intelectualmente» (16,9). «Contra mis educadoras (madre, religiosas). Porque me lo tenían que haber dicho antes de que pudiese yo enterarme por otros medios y poner ya la malicia, o asustarme. Cosa que en otro caso no ocurriría» (17,2). En todos estos casos se refieren a la información sobre la menstruación.

¹⁰ «La parte que toma el padre en la procreación de los hijos a mí me lo dijo una amiga de mi misma edad, y me explicó todo a su manera, lo que me hizo mucho daño. Si me lo hubiera dicho una persona mayor con toda la naturalidad y seriedad con que se debe hablar de estas cosas, no me hubiera causado ningún perjuicio, sino, al contrario, me hubiera quedado muy tranquila y hubiera sido un motivo para dar gracias a mis padres» (17,1). «La madre. Podían ser también las Madres del Colegio, o un sacerdote, aunque no es muy apropiado para él. Pero nunca las compañeras u otra persona por el estilo» (17,4). «Creo que la más oportuna es nuestra madre o, en caso de faltar ésta, alguna persona capacitada para ello, como una religiosa, un sacerdote, etc. Pero jamás una amiga» (15,8). «Una persona que la niña sienta gran afecto y cariño hacia ella. Si no es la madre propia, su encargada de curso, pues en general es la que más

Sucede lo mismo con la información procedente de los libros, aunque se trate de libros formativos. Es cierto que el 52,9 por 100, para la *primera iniciación*, y el 67,3 por 100, para la *iniciación completa*, aseguran que este modo de información les ha resultado moralmente beneficioso o indiferente. Pero ahora, en el momento de la opción, apenas si piensan en él. Clara señal de que, en el fondo, no lo consideran recomendable.

CUALIDADES DEL INICIADOR.

En este capítulo, las muchachas se manifiestan extraordinariamente exigentes. Es natural que así sea, dados su idealismo e inexperiencia. Difícilmente se encontrarán reunidas en la misma persona todas las cualidades que reclaman en el iniciador. La cosa no es para asustar a los educadores, pero sí para hacerles reflexionar seriamente.

Ante todo, las adolescentes distinguen entre la madre y otra persona. Esto es muy significativo, pues de nuevo aparece la predilección que sienten por aquélla. La madre, por el mero hecho de serlo, vienen a decir, está ya capacitada para hablar de estos temas a sus hijas, aunque muchas veces, por lo que sea, no se decida a hacerlo. Son muchas las que se contentan con exigir en general a la persona iniciadora «las cualidades que tiene una madre».

La cualidad más veces aludida es la que se refiere a la formación del iniciador. Formación religiosa, moral, intelectual, psicológica, pedagógica. Quieren que se presente como modelo de vida, por una parte, y por otra, que conozca los problemas de la niña y de la adolescente y sepa tratarlas en consecuencia.

Las adolescentes exigen inmediatamente después claridad, sinceridad, naturalidad, valentía, energía y decisión para decir las cosas como son, sin andarse con mentiras, rodeos, misterios, disimulos y tapujos. Destacan de manera especial la delicadeza y el tino que deben adornar al iniciador para decir las cosas sin herir la sensibilidad de la niña y la

se conoce. Nunca una amiga» (18). «Si tienen confianza con su madre, la primera. ¡Cuánto me hubiera gustado a mí tenerla! Si no, una Madre del Colegio con la que tengas confianza. O también una amiga, pero bien formada y buena» (15,5). «Creo que la más adecuada es la madre. En caso que no exista, la persona encargada de ella. Pero nunca las demás niñas» (17,1).

comprensión para saber adaptarse a ella, ponerse en su lugar, escucharla con paciencia y adivinar las situaciones enojosas.

Insisten también en la necesidad de que el iniciador inspire confianza para hacerle toda clase de preguntas y exponerle todo tipo de dudas. Es preciso, además, que dé pruebas de un inmenso cariño por el iniciado, evite la actitud de juez y sea de exquisita sencillez.

Quieren, igualmente, que sea espiritual, es decir, que al presentar estas cosas, destaque sobre todo lo que encierran de maravilloso, bello, noble, elevado y santo, y subraye el modo como en ello se manifiesta el poder y la sabiduría de Dios.

No se paran aquí, naturalmente, las exigencias de las muchachas. Hablan todavía de prudencia, discreción y reserva para decir las cosas a su debido tiempo, sin precipitarse ni revelar nada de cuanto se le haya confiado o consultado. Aluden a la serenidad que debe manifestarse en todo su exterior, sin turbarse ni ruborizarse cuando trate estos temas. Le desean también digno y serio, optimista y agradable, respetuoso y que inspire respeto, de mucha experiencia, más bien joven, preocupado por el bien de la niña y consciente de su responsabilidad.

Interesa destacar una cualidad que, si bien no se alude a ella con tanta frecuencia como a otras, parece fundamental, dada la psicología de la adolescente, para ganarse su confianza y encontrar expedito el camino de su intimidad. Nos referimos al hecho de *saber tomar en serio* a la muchacha, es decir, empleando sus propias expresiones, no reírse de sus problemas ni de las preguntas que formule, no considerar a éstas ni a aquéllos como una tontería, evitar la ironía y las bromas en torno a los mismos, y, muy especialmente, no tratarla como a un bebé.

Se prefiere que la tal persona sea mujer, casada, y mejor si es madre. No podían faltar tampoco las alusiones a las simpatía y modernidad de la misma. Por fin, en cuanto al modo de hacerlo, se prefiere que sea progresivamente y en privado.

Para mayor claridad, vamos a sintetizar cuanto dejamos dicho en la siguiente tabla.

TABLA XVI.—Cualidades requeridas en la persona iniciadora

CUALIDADES	FRECUENCIA	%
Formación	341	16,09
Claridad	245	11,5
Delicadeza	232	10,9
Comprensión	184	8,6
Sinceridad	162	7,6
Naturalidad	152	7,1
Que inspire confianza	130	6,1
Cariñosa	126	5,9
Sencillez	104	4,9
Espiritual	103	4,8
Prudencia	76	3,5
Serenidad	34	1,5
Dignidad-seriedad	31	1,4
Optimismo-simpatía	29	1,3
Experiencia	23	1,08
Juventud	21	1,2
Respetuosa y que inspire respeto	18	0,8
Que busque el bien de la niña	15	0,7
Que tome en serio a la niña	13	0,6
Sentido de responsabilidad	10	0,4
Reservada	9	0,4
Valentía-energía-decisión	8	0,3
Mujer-casada-madre	7	0,3
Modernidad	2	0,09
Hacerlo progresivamente	7	0,3
Hacerlo en privado	2	0,09

EDAD MÁS OPORTUNA PARA RECIBIR LA INICIACIÓN.

Se ha intentado averiguar a través de las propias adolescentes qué edad consideran más apta para recibir la iniciación sexual sin que se deriven perjuicios de orden moral.

Se trata de una pregunta muy delicada y difícil de contestar. Hay que reconocer, sin embargo, que las adolescentes han estado acertadas en general. Desde luego, lo han estado más que los muchachos. Han sabido matizar mucho mejor que ellos. Habrá que atribuirlo a que muchas han leído ya libros de orientación sobre estas cuestiones, y, al contestar, han tenido en cuenta las directrices que en ellos se dan. Y esto es verdaderamente consolador. Hace pensar en que estas muchachas, que serán madres dentro de poco, van a asegurar una certera educación a sus futuros hijos ¹¹.

¹¹ «Yo creo que si la generación de nuestros padres en general ha pecado de haber sido poco explícitos con sus hijos en este sentido, porque son pocos los que se han enterado por sus padres, que la próxima no pecará en este sentido,

Damos a continuación los resultados en dos tablas paralelas.

TABLA XVII.—Edad ideal, según las muchachas, para recibir las diversas formas de iniciación

EIDADES EN AÑOS	PRIMERA INICIACIÓN		INICIACIÓN COMPLETA	
	FRECUENCIAS	%	FRECUENCIAS	%
Tres	4	0,31	—	—
Cuatro	7	0,55	—	—
Cinco	16	1,26	3	0,22
Seis	58	4,61	6	0,44
Siete	110	8,75	16	1,17
Ocho	141	11,21	40	2,92
Nueve	173	13,76	51	3,72
Diez	226	17,97	126	9,20
Once	154	12,25	149	10,9
Doce	109	8,67	220	16,0
Trece	38	3,02	179	13,06
Catorce	20	1,58	160	11,68
Quince	10	0,8	79	5,8
Dieciséis	2	0,15	20	1,46
Diecisiete	1	0,03	5	0,36
Dieciocho	1	0,08	4	0,29
Diecinueve	1	0,08	1	0,07
Veinte	1	0,08	1	0,07
Desde siempre	56	4,45	11	0,80
Lo antes posible	19	1,51	11	0,80
Al tener uso de razón	19	1,51	5	0,36
Cuando pregunte	22	1,73	10	0,73
Cuando empiece la escolaridad	1	0,08	—	—
Cuando la menstruación ...	8	0,62	13	0,95
No sabe. Depende	60	4,78	108	7,88
Cuando se relacione con chicos	—	—	7	0,51
Cuanto más tarde mejor ...	—	—	3	0,22
Al mismo tiempo que la primera	—	—	140	10,23

En cuanto a la *primera iniciación*, todo lo que sea adelantarla lo más posible, constituye un acierto. Y es esto lo que vienen a decir precisamente los datos de la tabla correspondiente. Las expresiones «desde siempre», «lo antes posible», «al tener uso de razón», «cuando pregunte», «cuando empiece la escolaridad», que totalizan un 9,28 por 100 de casos, y ese 58,42 por 100 que lo postulan antes de los diez años, están confirmando las afirmaciones hechas más arriba: las muchachas, en general, están acertadas al señalar edades.

Cabe decir lo mismo respecto de la *iniciación completa*, aunque ya que todas las jóvenes conocen todos estos problemas que surgen en la iniciación sexual y se preocupan por salir al paso cuando se les presenta la ocasión» (16,7).

aquí se observa mayor desorientación, como lo prueba, por ejemplo, ese 10,23 por 100 que piden se den ambas iniciaciones al mismo tiempo, lo que, en términos generales, no es aconsejable. Pero resulta acertado empezarla ya a los nueve años, y quizá antes, y, sobre todo, no dejarlo para pasados los catorce. Y en esto coinciden el 67,48 por 100 de las muchachas.

OPINIONES DE LAS ADOLESCENTES SOBRE ALGUNAS CUESTIONES RELACIONADAS CON EL TEMA DE LA ENCUESTA.

Nos queda por analizar la última pregunta de la encuesta. Se trata de una pregunta abierta, en la que se invita a opinar con total libertad sobre el tema propuesto. Es a manera de un test proyectivo, y, al igual que esta clase de tests, va a tener la virtud de hacer que afloren espontáneamente los problemas y cuestiones que más interesan a las adolescentes en relación con el asunto que nos viene ocupando.

Muchas de las ideas que se expresan en este apartado se han ido dejando caer con un motivo u otro a lo largo del trabajo como algo que estaba quemando dentro y de lo que había que liberarse a toda costa. Por nuestra parte, hemos tenido buen cuidado de recogerlas y reflejarlas a su debido tiempo y en su oportuno lugar. Con todo, y aun con peligro de incurrir en alguna repetición, desarrollaremos aquí las que parecen más interesantes y orientadoras para padres y educadores.

En un intento de síntesis, hemos llegado a centrar las ideas expuestas en torno a los siguientes epígrafes: 1. Opiniones sobre la encuesta y agradecimiento por la misma. 2. Juicio sobre la actuación de los padres. 3. Crítica de la actuación de los Colegios. 4. El problema de las amigas. 5. La actuación del sacerdote. 6. Los libros. 7. Necesidad de la iniciación. 8. Cómo hacer la iniciación. 9. Cuándo realizarla. 10. El iniciador. 11. El problema de la mentira. 12. La menstruación. 13. Consecuencias de la mala información. 14. La edad crítica de las muchachas. 15. Ruegos y peticiones. 16. Propósitos para el futuro.

Como decíamos antes, no es nuestra intención desarrollar ahora todos esos epígrafes, sino destacar tan sólo algunos puntos que nos permitan conocer mejor el mundo interno de la adolescente y orientar, en consecuencia, nuestra acción educadora y apostólica.

1. *Los padres y la iniciación sexual.*

Es éste uno de los puntos en que más insisten las adolescentes y con mayor vehemencia. El hecho se explica fácilmente si tenemos en cuenta que a ellos corresponde en primerísimo lugar dar a sus hijas esas necesarias explicaciones.

Por haber aludido ya a ello varias veces, vamos a pasar por alto las quejas de las muchachas contra el silencio¹², la cobardía¹³ y la insinceridad¹⁴ de los padres, debido muchas veces a su falta de preparación, de lo que, en ocasiones, no son ellos los únicos respon-

¹² «También que les diga a los padres que los hijos no somos tontos y que nos pueden ahorrar muchos problemas hablando claro a tiempo, que por eso no nos asustamos y se ganan nuestra confianza si lo hacen» (16,9). «A los padres se les debía quitar el miedo de explicar las cosas claras. Creo que a la larga lo agradeceríamos ellos y nosotros» (17,1). «Creo que se debería insistir muchísimo a las madres en este aspecto para que lo digan a sus hijas. A mí me hubiera evitado muchos problemas» (16,5). «Que a las madres las hay que enseñar que estas cosas tan delicadas son para que se sepan. Por lo tanto, que no tengan miedo en decírselo (a sus hijas), pues ellas creen que sus hijas no lo deben saber y tienen miedo decírselo» (18,8). «No pueden hacerse idea del daño que pueden causar sobre las adolescentes las personas que lo quieren ocultar todo lo referente a este problema» (17,3).

¹³ «Tengo quejas contra mis padres (y contra quienes me educaron), aun cuando no se lo diré nunca, porque los respeto. Pero viendo mi caso, no permitiré lo mismo en aquellos que me sean encomendados: los niños o mis hijos (estudio magisterio). Si mis padres hubiesen tenido la valentía de cogerme sola, o a mi hermana y a mí (somos gemelas), y nos hubiesen dicho con naturalidad y sencillez las verdades que ignorábamos, no hubiéramos hecho tanto errores; no nos encontraríamos así tan de sopetón con un mundo tan ajeno a nosotras, tan incomprensible, irreal...» (18). «¡Pobre madre! Siempre paga ella. Pero es que en este caso creo que es la protagonista. ¿Por qué nos hemos de enterar por ahí, muchas veces de mala manera, de esas cosas de la maternidad, que nadie mejor que ellas nos lo podrían decir? Pero pasa al revés. Se puede hablar con todas o muchas personas de ello menos con mamá. Puede que tengamos nosotras algo de culpa, no lo niego. Pero es que ellas nos crean un clima de silencio donde no lo tenía que haber. ¿Por qué no nos han de decir toda la verdad? Y no que nos miran con cara rara cuando hablamos de la maternidad, a cierta edad, y nos lo juzgan de cosa mala muchas veces. ¡Si nos hemos de enterar! ¿O es que ella cuando se casó no sabía nada? No sé. En fin, mi mayor pecado sería hacer lo mismo con mis hijos» (16,9). «Yo hubiese agradecido a mi madre que me hablase claro en esta materia. Pero... me dejó porque me daba por enterada..., pero sólo a medias» (15,6). «Nunca me he atrevido a preguntar a mi madre, porque como ella no me ha dicho nunca nada, debe pensar que de eso cuanto menos sepa, mejor» (14,11).

¹⁴ «Yo desearía que todas las madres hablasen sinceramente a sus hijas para evitar así esas reacciones y malas informaciones» (19,5). «Creo que cuando un chico o una chica preguntan a su madre algo referente a esto, debe decirle la verdad. Si le miente, no volverá a preguntarle, y durante este tiempo puede sufrir y ofender a Dios con algo que él mismo ha hecho» (18,6).

sables, como las adolescentes tienen el valor y la sinceridad de reconocer¹⁵.

Omitiremos igualmente, por idénticas razones, el hablar de las consecuencias de esas actitudes, entre las que se destacan como más graves la deformación de la conciencia moral de las niñas¹⁶ y la pérdida de la confianza en los padres¹⁷, lo que dificulta grandemente la labor educadora de éstos respecto de las hijas¹⁸.

¹⁵ «Tengo quejas contra las circunstancias. La persona que me pudo evitar esas cosas no tiene la culpa porque no está preparada para eso, no cae en la cuenta» (17,11). «A mí me hubiera gustado que hubiera sido mi madre quien me lo hubiera revelado; pero no la puedo culpar a ella porque ella me dijo lo que a ella la habrían dicho» (15,8). «Soy hija única. Mis padres estupendos y a los que quiero horrosos. Fue en este sentido en el que no me supieron formar. Yo les disculpo porque seguramente es una cosa corriente en los de su edad, y más si viven en pueblos, como los míos, porque la mayoría de mis amigas se encuentran en el mismo caso» (18,6).

¹⁶ «El amor es algo maravilloso y todo lo de esta encuesta también, y es una pena que por culpa de los mayores, porque es en gran parte culpa de ellos, lo deformemos por no saber a tiempo y con claridad lo que tenemos que saber» (15,11).

¹⁷ «Estoy sufriendo ahora graves consecuencias de la falta de diálogo existente entre mi madre y yo. Si ahora alguna vez lo intento, viene a mí el recuerdo de una infancia en que mis preguntas eran cortadas con brusquedad» (17). «Yo creo que no se deben extrañar los padres y las personas mayores cuando los muchachos y muchachas, según ellos, son cerrados en casa y con los amigos son estupendos, pues la culpa empiezan por tenerla ellos por no abrirse a ellos y no dejarles coger confianza en ellos mismos» (16,5). «Lo único que me gustaría que resultara de esta encuesta es la compenetración total (necesaria) entre madres e hijas. Con esto creo que los problemas (muy graves a veces) desaparecerían» (16,10). «Que metan bien en la cabeza a los padres que todo esto a una cierta edad se lo deberían explicar a sus hijos para evitar que ellos se enteren por otros caminos perjudiciales para ellos, y que no les pase lo que a nosotras. Además, si explican esto, *ya se tiene confianza*, que es lo mejor que puede haber entre una madre y sus hijos» (16). «Es muy triste que una hija no tenga confianza con su madre. Pero para mí es más triste que una madre no tenga confianza en su hija para contarle al menos algo de la realidad de la vida, incluso estando quizá segura de que le va a llegar por otros conductos» (17,9). «Me da muchísima rabia haberme enterado de todas estas cosas por medio de amigas. Mi madre jamás me ha dicho una palabra de nada, ni aun cuando se produjo en mí el fenómeno de la menstruación. Lo veo fatal esto, y creo que no es a mí sola a la que me pasa esto. Hay muchísimos casos: yo creo que la mayoría. Las madres no saben darte confianza para acudir a ellas cuando sientes estas curiosidades y estos problemas. Luego lo interpretas de una manera muy distinta a la que en realidad es. Sientes como vergüenza y temor: no sé cómo explicarlo. Pero la realidad es muy distinta de todo eso» (15,3). «Lo más bonito de una familia es la *confianza de los padres en los hijos*. Como esto no hay nada más maravilloso. Y para dar a conocer las maravillas de la vida, como las madres, nadie» (16,6).

¹⁸ A pesar de haber confirmado estas afirmaciones con abundantes citas en la segunda parte del trabajo, traemos aquí el siguiente relato por considerarle extraordinariamente orientador. «La forma de enterarme de la parte que tiene el padre en la procreación de los hijos fue así: Yo solía ir con mis hermanas, primas y amigas al Asilo de San José para aprender a coser, de tres a cuatro, durante el verano. Allí nos solíamos juntar muchas niñas del Colegio. También

Como nota positiva, destacamos el hecho de que, aunque pocos, existen padres verdaderamente conscientes de sus obligaciones que han sabido actuar a tiempo y con tino, atrayéndose el agradecimiento, el amor y la confianza de unas hijas que han crecido sin problemas, maravillosamente equilibradas ¹⁹.

iban muchas de otros Colegios. Yo me hice muy amiga de una niña que tenía un primo estudiante de medicina avanzado en la carrera. No sé cómo empezamos a hablar mientras aprendíamos a coser de la manera de llegar los seres humanos al mundo. Ella, tanto como yo, no sabía nada más que venían por medio de las madres. Nos entró la curiosidad propia de nuestra edad. No nos atrevimos a preguntar a nuestras madres, más que nada, por miedo a que nos riñesen, y nos pareció bien el que ella preguntara a su primo. Este, después de hacerse de rogar, se lo aclaró. Mejor dicho, le explicó la intervención del padre en la procreación de los hijos, y le dijo que existía la menstruación. Las dos nos quedamos muy contentas. Yo ya no me acordaba de ello casi, es decir, nunca me puse a pensar en ello ni en buen ni en mal sentido. Hasta que un día, en una reunión de chicas, a continuación de las listas vinieron las "pías", y unas amigas mías empezaron a hacerse las preguntas que yo me había hecho meses antes. Yo les dije lo que sabía. Y también les dije que algo de aquello lo más seguro fuera mentira, y que aquel estudiante lo hubiera dicho para asustarnos. Lo mismo que la vez anterior, estuvimos hablando de ello durante un rato, y ya no nos acordamos más de ello. Pero alguna de mis amigas no se debió de quedar tranquila, y, más valiente que todas nosotras, preguntó a su madre. Lo que su madre le dijo no lo sé; sólo sé que nos puso un peso en la conciencia tremendo. Yo me confesé en seguida, y, la verdad, ahora aquel peso me parece una tontería, pues nosotras lo comentamos como pudimos haber comentado cualquier otra cosa. Total, que aquellas amigas mías querían ir donde una monja. A mí no me seducía la idea, pero fui con ellas, como es natural. La Madre nos quiso coger a todas por separado. Nadie quería ir la primera. Por fin fui yo. Y fue allí, delante de la monja, donde me di cuenta que por qué no le iba a preguntar a mi mamá todo lo que de duda había dentro de mí. Y así lo hice. A la Madre le dije que no quería decirle a ella nada, que se lo iba a decir a mi madre. Y así lo hice: al día siguiente se lo dije. Pero la reacción de mi querida madre me dejó muy impresionada. Empezó a reñirme. Yo, que había ido donde ella a pedirle consejo, y que empezara a reñirme, me llegó al alma. Y desde aquel día ya no le he hecho ninguna confidencia de ninguna clase. Por esto, Padre, creo que las madres tienen que estar formadas para dar una respuesta exacta a sus hijos. Y pienso que son éstas las mejores para revelar a sus hijos todo lo que les haga falta, porque son las que mejor conocen su carácter y su corazón, aunque en mi caso no haya sido así» (17,6).

¹⁹ «Es de lo que más contenta estoy porque fue mi madre la que me lo dijo» (15,6). «Todo lo que pregunté en casa, me lo dijeron. Por eso hoy tengo la suficiente confianza para preguntar más» (16,8). «Creo que todas las madres deberían comprender el bien que nos hacen cuando nos hablan claramente de todos estos problemas que tenemos derecho a saber de una manera limpia y no como algo horrible» (17,1). «Repito que lo mejor es que expongan el caso con claridad, yendo al grano, y de una vez. A mí me lo hicieron así y siempre lo agradeceré» (16,1). «Yo creo que lo mejor sería tener unos padres capaces de aclarártelo todo. Si a mí mis padres no me hubieran dicho todo, esté seguro que ahora no les querría tanto» (15,5). «Nunca he tenido problemas con esto. Doy gracias a Dios por mis padres. Todos deberían ser conscientes de su obligación para con sus hijos. ¡Tienen derecho a saber por qué han nacido!» (16,3). «Yo, gracias a Dios, he tenido y tengo una madre que me sabe comprender y explicar. Gracias a ella no he tenido perjuicios como algunas de mis compañeras, que por no recurrir a su madre o a una monja, recorren y recorren los diccionarios» (17,6).

Es queja muy corriente entre las muchachas el que sus mamás continúan considerándolas «unas crías», aun cuando tengan ya catorce, quince o dieciséis años. Nunca son mayores para ellas. En consecuencia, nunca les juzgan preparadas para recibir y digerir esta clase de informaciones. Esto indigna a las chicas, y con razón, pues la ofensa mayor que se le puede hacer al adolescente es tomarle por niño o crío, como dicen ellas ²⁰.

Esa obstinación de las madres en negarse a reconocer que sus hijos crecen y dejan de ser niños para hacerse hombres y mujeres les ciega al mismo tiempo y les impide ver la realidad. Y la realidad es que llega un momento necesariamente en que los hijos no son tan inocentes como lo imaginan ingenuamente muchos progenitores. Entonces se hacen mil equilibrios para no herir la supuesta inocencia de los hijos, ocultando lo que la calle ha descubierto ya, a veces con toda crudeza. Esa actitud paterna es contraproducente ²¹. Por eso,

rios, quedándose igual que antes, y aún si cabe con más dudas» (16,1). «Yo me alegro muchísimo de que mi madre me haya enfocado el problema y con claridad, pues de esta manera veo las cosas como deben ser. Y veo por las demás que las madres, por miedo a que sus hijas tomen mal las cosas, andan con tapujos y escondiendo hasta el último momento las cosas que creen que ignoramos: esto es lo peor, y suele hacer daño, porque lo único que consiguen es que nos enteremos mal» (17,11).

²⁰ «Los padres (algunos) no están lo suficientemente preocupados por la educación moral de los hijos. Siempre les parecen niños y además dicen: "Cuando tengan la edad, ya se lo diremos." Pero para cuando a ellos les parece la "edad", ya te has enterado» (16,2). «Dice mi madre que no soy quién para hablar de estas cosas. Lo sé, pues alguna vez he intentado hablar de si cuando me case, si cuando tenga novio, etc., y ¡cómo se pone!» (16,2). «Las madres de familia que sepan decírnos, explicárnos todo lo que necesitamos saber. No comprendo por qué ese afán de disimulos y de "eres aún una niña para saber todo eso" y el "ya lo sabrás a su tiempo". ¿Por qué? ¡Si es mucho peor que lo sepamos atando cabos, o por amigos, o por diccionarios! Nos hace un mal tremendo el que no se nos explique todo con la claridad necesaria, ya que luego te costará mucho enfocarlo de nuevo en la forma que debe ser. ¿Por qué ese ocultarnos esa cosa tan maravillosa? ¿Por qué? ¡Si es lo más maravilloso que Dios nos ha podido dar! Necesitamos a alguien que de una manera clara nos lo diga todo» (15,9). «Tengo quejas contra mi madre, pues se debía haber preocupado por nuestra formación. Ellas no se dan cuenta de que el tiempo pasa y que les gustaría vernos niñas siempre» (15,5). «Yo creo que mi madre es muy inconsciente en esto, porque tiene cinco hijas y a ninguna le ha revelado nada, y no se da cuenta de que somos mujeres y no crías como cree» (15,10). «A mi madre no podía pedirle explicaciones porque, de siete hermanas, soy la penúltima: no me haría mucho caso, o no sé, no me lo querría explicar, pues para las madres somos siempre crías» (16,1).

²¹ «Creo que la más indicada es la madre, dejando de lado esas tonterías de que "todavía es pequeño, que crezca en la inocencia". Sí, sí, menuda inocencia la mía, por ejemplo. Quizá mi madre me considerada "una palomita" a mis nueve o diez años. Y... menudas ideas bullían en mi cabeza...» (15,7). «Creo que debería decir a las madres que es un atraso ocultarlo a las hijas porque nos creen inocentes y no piensan que somos muy observadoras y por sí solas

si ha de pecarse por algún exceso, vale más que sea por adelantarse ²².

Puede suceder que el encuentro padres-hijos no llegue a darse en este terreno por esperar los primeros a que inicien el diálogo los segundos. No opinan así las jóvenes. Creen que el primer paso han de darlo los padres, las madres, ya se entiende. Sucede muchas veces que la muchacha está llena de dudas que no se atreve a consultar a nadie, ni siquiera a su propia madre ²³.

Hay padres, manifiestan bastantes adolescentes, que piensan que la educación integral es asunto exclusivo de los Colegios. Creen que éstos deben hacerlo todo y se consideran prácticamente dispensados de sus obligaciones más urgentes, sagradas e intransferibles ²⁴.

A veces, los padres ocultan estos misterios por miedo a que sus hijos pierdan la inocencia. Este temor, y la inhibición subsiguiente, no logran lo que pretenden, antes acarrearán perjuicios sin cuento al tener que indagar la verdad por otros caminos con la pérdida efectiva de la verdadera inocencia. Por eso, aseguran las adolescentes, no debe darles pena a las madres quitar la inocencia (=ignorancia) a sus hijas y decirles las cosas claras ²⁵.

podemos adivinar gran parte de las cosas, como me ha ocurrido a mí» (17,8). «No somos tan inocentes como creen» (15,3). «No debían decir a los niños las bobadas de la cigüeña. Las madres nos creen muy inocentes y por eso quizá no nos lo dicen» (15,2). «Creo que los padres se fían demasiado de que sus hijos son muy inocentes» (17,4).

²² «Sólo puedo decirle que más vale pecar por adelantados al informar que no que los críos se enteren por mal camino» (19,6).

²³ «Que divulguen por todos los medios que la madre es la indicada para aclarar esto, pero que no esperen que se les pregunte, sino que la iniciativa sea de ellas» (15,4). «Sería conveniente que si a los once o doce años el chico o la chica no preguntan nada, que la madre se lo explicara. Puede ser que ese niño tenga dudas y no se atreva a preguntarlas. Creo que suele ser frecuente» (16,8). «Es preciso observar al niño o niña desde pequeños. Cuando se vea alguna inquietud o duda, explicar todo lo concerniente a sus dudas con claridad (los rodeos son odiosos), sin esperar a que el niño se lo vaya a preguntar, pues tardará algún tiempo en hacerlo, o no lo hará» (18,4).

²⁴ «Tengo muchísimas quejas. No comprendo cómo nadie te dice una cosa tan natural y te dejan que te enteres por ahí. Como la gente mayor dice: "Ya se enterará en el Colegio", así nunca tienes conceptos claros» (16,11). «Creo que nunca perdonaré a mi madre su falta de valor, su cobardía. ¡Claro! Es muy bonito eso de pensar que "ya se enterará en el Colegio; para eso están las monjas". ¿Acaso no se les ocurre pensar que antes de que las monjas se den cuenta, mucho antes, intentamos averiguarlo nosotras? ¿Por qué no ellas, Padre? ¿No es más lógico que quien nos ha traído al mundo nos diga cómo lo ha hecho? Ya sé, es lo corriente, siempre ha pasado, es difícil. De acuerdo. Pero ¿acaso por eso, porque es lo corriente, va a tener que ser siempre así? Pienso que a mis hijos jamás les engañarás; y pienso que quizá mamá también pensó lo mismo, y entonces, Padre, tengo miedo, ¿me entiende?» (15,10).

²⁵ «Yo creo que aun cuando un niño a los ocho o nueve años va haciendo

Se critica hoy mucho por parte de los mayores a la juventud. Se comenta y censura sobre todo su libertinaje e inmoralidad. Las jóvenes se preguntan si tal libertinaje e inmoralidad no tendrán su origen en la defectuosa iniciación sexual recibida de los amigos y de los libros como consecuencia del silencio obstinado de los adultos²⁶. En todo caso, afirman, si los padres se preocupasen más de educar en esto a sus hijos, todo iría mejor²⁷. O al menos no tan mal, precisamos nosotros.

La conclusión a que se llega después de examinar todos estos extremos es obvia: hay que formar a los futuros padres para que sepan cumplir con sus deberes de educadores natos de sus hijos. Las propias jóvenes predicen ya un porvenir más halagüeño para las próximas generaciones gracias a la formación que en este sentido están recibiendo las actuales²⁸.

2. *Los Colegios y la iniciación sexual.*

Hay también alusiones a la actitud de los Colegios y de las educadoras en lo tocante a este aspecto concreto de la educación. Pero son menos frecuentes que las relativas a los padres, y las de signo

preguntas referentes al tema, debe hablársele, si no claramente, sí sin engaño. Porque puede que, al enterarse por otras fuentes, choque demasiado fuerte su sensibilidad entre lo que le han dicho y lo que más tarde se ha enterado, y el daño puede ser mucho mayor que respondiéndole a sus preguntas» (19,6). «Creo que les debía decir a las madres que no les diera pena quitarles la inocencia a sus hijas y que se lo digan a las claras» (15,2).

²⁶ «Todo lo que se critica hoy día a la juventud por parte de los mayores, ¿quién les dice a ellos que esa inmoralidad no se debe a una mala explicación de los amigos, de los libros, etc.? Y ¿quién tiene la culpa la mayoría de las veces? Ellos.»

²⁷ «Si a mí me lo hubiera dicho mi madre, hubiera sido mejor para mí» (19,9). «Yo creo que si los padres se preocuparan más de esto, todo iría mejor» (16,6).

²⁸ «Creo que es muy necesario formar a las futuras madres en este sentido, pues dependerá después mucho sobre la felicidad de sus hijos, se lo aseguro por experiencia» (16,4). «Aunque es difícil de conseguir, educar a los futuros padres para que instruyan a sus hijos debidamente sobre este tema, y con ello se evitarán muchos de los pecados que hasta ahora está cometiendo el adolescente» (17,10). «Todos los padres deberían prepararse para iniciar debidamente a los hijos en la sexualidad» (17,3). «Que se forme a las que van a ser madres o a las que lo son ya de pequeñas, para que sus hijos no tengan ninguna queja ni queden en ridículo o con complejo de inferioridad en este problema» (16,8). «Se debería obligar a las madres que antes de casarse juraran aclarar todo a sus hijas» (17,8). «Que ya que hay muchas muchachas que se enteran por medios desagradables, debiera darse conferencias sobre dicho tema y también recomendar libros que deberían leer, rechazando aquellos que les perjudican, y lo mismo para las madres» (18,8).

negativo pierden, en general, la virulencia que revisten las acusaciones contra los progenitores. Es una forma, muchas veces inconsciente, de confirmar el principio de que a los padres corresponde casi con exclusividad ilustrar a sus hijas en estas materias.

Interesa destacar el hecho de que no todo es silencio e inhibición por parte de las educadoras. Las muchachas reconocen el bien que les ha originado en ocasiones la intervención prudente y oportuna de éstas y el clima de libertad y confianza del Colegio ²⁸ bis. Con todo, aparecen algunas quejas: se habla poco de este tema o no se le enfoca en toda su amplitud, lo que contribuye a desorientar a las muchachas ²⁹.

A veces se alude a estas materias dándolas por sabidas, cuando, en realidad, sucede todo lo contrario ³⁰. Otras veces se explican de manera tan elevada y misteriosa, que las interesadas se quedan sin entenderlas ³¹. Las chicas desean claridad y naturalidad también por parte de las educadoras ³², alegando que lo contrario puede provocar entre ellas «discusiones muy poco provechosas» ³³.

Por fin, junto a algunas que aconsejan que no se traten estas materias en público por las consecuencias que puede tener ³⁴, hay

²⁸ bis «Como voy al Colegio X, de Z, en este sentido de información no puedo quejarme, pues tenemos una religiosa que es fantástica» (17,2). «Sé que lo mío será también lo de otras muchas chicas que tuvieron que aprender las cosas más maravillosas que existen por boca de amigos, por libros, etc. Pero que, gracias a unas religiosas que se dieron cuenta a tiempo, nos han ayudado, y hoy día nos han sabido hacer ver lo maravilloso de todo lo expuesto» (15,9). «Las X, con su ambiente de libertad y confianza, me han favorecido mucho al hacer que confiara en mi madre y en ellas» (19,6).

²⁹ «He sido educada en Colegio de religiosas, y no he encontrado una sola monja que sepa hablar claro del tema. Sólo nos hablaban de pureza. ¿Es esto justo...? Sólo sermones si a los catorce años preguntábamos algo o si hablábamos con algún chico. No lo acepto, nos destruyen, se lo aseguro» (18).

³⁰ «En más de una ocasión nos hablan de esto, dándolo por sabido, sin que nadie se haya preocupado de decírnoslo. En el Colegio, en las clases de formación, en charlas con sacerdotes o con religiosas, si hacen referencia, lo dan por sabido. Para enterarte de veras, tienes que preguntar, y hay chicas que en vez de preguntar, se callan» (16,5).

³¹ «Las más indicadas para explicar todos estos casos son las madres, ya que son las únicas que lo hacen claramente, pues las monjas, sacerdotes, etc., lo explican tan elevado, que de pequeñas no se entiende» (17,3).

³² «Cuando una monja diga algo, que lo haga con claridad absoluta y ella personalmente, sin valerse de papeles» (17,7). «Mi consejo es que en los colegios de niñas, tanto de monjas como de seculares, se hablase de estas cosas tan naturales sin el menor de los rodeos, y con la naturalidad que exige cada caso» (15,10).

³³ «Sería muy conveniente que cuando se llega a estos asuntos, las profesoras sobre todo no traten de encubrirlos, porque se suelen provocar discusiones entre las niñas no muy provechosas» (15,11).

³⁴ «Yo veo bien que en los Colegios las monjas tuvieran la obligación de explicar a cada niña (más bien en particular que en colectividad, por si a al-

otras que abogan por que en las clases superiores se organicen círculos de estudios y conferencias a cargo de sacerdotes o de médicos especializados, para informarles perfectamente, de modo que no entren en la Universidad sin saber bien todo lo que tienen que saber ³⁵.

3. *Los sacerdotes y la iniciación sexual.*

Lo que opinan las muchachas acerca de la intervención del sacerdote en estas cuestiones queda dicho ya. Vuelven a repetirlo aquí. No es conveniente, en general, que lo explique un sacerdote ³⁶. De hacerlo un sacerdote, tiene que ser de confianza y conocido, por ejemplo, el Director Espiritual ³⁷. De todos modos, en ocasiones el sacerdote puede ser de verdadera y preciosa utilidad ³⁸.

guna, por lo que hubiera, hubiera que explicárselo más despacio o de otra manera), ya que son muchas las madres que creen que, en este sentido, lo mejor es no decir nada, y de esta manera se enteran mal de la verdad y les perjudican a sus propios hijos» (15,10). «Insisto en que deben tener cuidado las profesoras y no lo deben decir en una clase así, ya que es un tema delicado, sobre todo si hay almas pequeñas, para que no se desmaven, como me ocurrió a mí» (16). «Le agradecería que prohibiera decir en alta voz en centros de enseñanza primaria todas estas cosas, así como también lo de los Reyes Magos, porque quitan los y las profesoras toda la inocencia a los críos» (16,3).

³⁵ «Debía haber círculos en los que hablaran de estas cosas, para que todo el mundo se enterara de buena forma» (17,10). «Creo que en los Colegios, a partir de los dieciséis años, nos debían exponer todo claramente, un sacerdote, por ejemplo. Y no que puede ocurrir que sales a la Facultad y no sabes la mitad de las cosas. Creo que esto influye bastante en las cosas que luego pasan a las muchachas» (16,2). «Creo que en los cursos superiores se deberían tener clases sobre todas estas cosas, para bien nuestro y pensando en el día de mañana para nuestros hijos, o para instruir a personas que lo necesiten» (16,8). «Una conferencia, como la que nos dieron a nosotras, a los catorce, quince, dieciséis, diecisiete años, los últimos años de Colegio, por un médico especializado, es una cosa que nos aclara todas las dudas y nos deja con la mente en orden» (17,3). «Encuentro que no es suficiente la aclaración que nos dan algunas madres, pues desde los trece a los dieciséis años se sabe lo mismo, a no ser que se den conferencias aclaratorias, como las que nos dio el año pasado un médico en X» (16,7).

³⁶ «No veo conveniente que sea un sacerdote el que explique todo esto a una niña; ha de ser la madre» (17,8).

³⁷ «Reconozco que hice muy mal en no pedirle a una persona mayor que me explicase esto. A mi madre, no, porque de siete hermanas, soy la penúltima; no me haría mucho caso, o no sé, no me lo querría explicar, pues para las madres somos siempre crías. A una religiosa..., no, porque me daba vergüenza preguntárselo y porque no me lo explicaría bien: diría que no eran cosas para mí todavía. *En cambio, sí a un sacerdote, pero entonces no tenía Director Espiritual, y a uno corriente, no*» (16,1).

³⁸ «No he sabido por qué ocurría la menstruación hasta los catorce-quince años por medio de libros que leía con avidez. Después, un sacerdote me informó cuando me decidí a preguntarle. Me habló claramente y con mucha delicadeza. Cuando ese sacerdote me habló, me di cuenta de lo maravilloso que es. ¡Si me lo hubieran dicho antes...!»

4. *Las amigas y la iniciación sexual.*

Son más bien escasas las alusiones que se hacen en este apartado a la actuación de las amigas. Lo que sobre ellas había que decir, quedó expuesto ya al hablar del iniciador ideal. Con todo, los escasos testimonios que aquí se dan coinciden en lo mismo: las amigas hacen mucho daño cuando hablan de estas cosas, por no saberlas con exactitud y presentarlas como algo malo³⁹. Los efectos son peores aún cuando intentan explicar e interpretar la parte del padre en la procreación⁴⁰.

Las muchachas subrayan lo perjudicial que resultan las conversaciones sostenidas entre ellas en torno a estos temas, tanto si se trata de chicas de la misma edad como, sobre todo, si se hallan algunas mayores malintencionadas⁴¹.

5. *Los libros y la iniciación sexual.*

Contrariamente a lo que sucede con los chicos, las muchachas, en general, han leído más libros, o al menos han leído más determinados libros. Nos referimos, claro está, a los muchachos y muchachas consultados por nosotros y en el momento en que fueron consultados.

Aparte algunos títulos, tales como *Díganos la verdad*, *De dónde vienen los niños*, *El libro de la joven*, *Lo que debe saber la niña* y

³⁹ «Creo muy importante que al niño se le digan las cosas tal y como son, expuestas cariñosamente, de manera que no se pueda herir la moral del niño. Es muy interesante, puesto que los niños lo inculcan por un mal, siendo una cosa maravillosa, como vemos cuando somos mayores» (17,3). «Que las madres se encarguen de poner al corriente de todo esto a las hijas; y si creen que no van a saber decirlo bien, que proporcionen a las hijas libros o alguien para que se lo diga, pero que sean ellas, ya que el enterarse por amigas o por otra parte parece que hace mucho mal» (17,1). «A mí me perjudicó, y aún me queda algo, de que no me dijo nada mi madre, y es muy diferente que te lo diga una amiga, porque si digo la verdad, no sé si lo que me dijeron es todo exactamente a lo que sucede» (17,10). «Lo más principal es que los niños lo sepan por personas mayores, sin llegar a enterarse por sus amigas, ya que esto perjudica mucho» (18,3).

⁴⁰ «Creo muy conveniente que una persona mayor y bien formada vaya explicando gradualmente, o sea conforme a la edad, todas estas cosas. Por ejemplo, la parte que toma el padre en la procreación de los hijos a mí me lo dijo una amiga de mi misma edad, y me explicó todo a su manera, lo que me hizo mucho daño. Si me lo hubiera dicho una persona mayor con toda la naturalidad y seriedad con que se debe hablar de estas cosas, no me hubiera causado ningún perjuicio, sino al contrario, me hubiera quedado muy tranquila y hubiera sido un motivo para dar gracias a mis padres» (17,1).

⁴¹ «Creo que lo más perjudicial en estos casos son las conversaciones con amigas de tu edad o un poco mayores malintencionadas o no buenas» (20).

Juanita mamá, los libros más leídos por las adolescentes son *El diario de Daniel*, de Michel Quoist, y *El diario de Ana María*, del mismo autor.

La opinión de algunas muchachas sobre el particular es que a veces es preferible enterarse de estas cosas por libros buenos. Así da menos apuro, dicen⁴². Es cierto que también se acusan de haber leído libros malos, con los consiguientes perniciosos efectos. Mas tratándose de los libros indicados, y en especial de los de Michel Quoist, todas los recomiendan, y no pocas agradecen al autor el haberles traído con ellos claridad a las mentes y paz a las conciencias⁴³.

Conviene advertir, sin embargo, que aquí tampoco estaría de más el diálogo con el educador después de la lectura, para aclarar extremos que siempre quedan en la penumbra y evitar el tener que acudir al diccionario para completar la información, lo que suele dejar igual que antes o con más dudas si cabe⁴⁴. Por otra parte, *El libro de la joven*, del Doctor Carnot, no es apropiado para niñas de doce años, edad en que dicen haberlo leído algunas. Quien haya visto esa obra, conocerá las precauciones que aconseja su autor se tenga con ella.

6. Necesidad de la iniciación sexual.

Insisten las muchachas una y mil veces en la necesidad de que existan personas preparadas (adecuadas, mayores, autorizadas, especializadas, sensatas, dicen ellas) para dar esta clase de informacio-

⁴² «Creo que en el caso de que no sea la madre la que revele esto, los libros buenos son muy útiles» (15,4). «Creo que debía haber libros más doctos y sobrenaturales para saberlo, ya que es de la única manera que no da apuro, y con palabras fáciles científicamente para entender, para no tener que preguntar» (17,7).

⁴³ He aquí algunas opiniones acerca de las obras de Quoist: «Mi mejor formador, en todos los aspectos, ha sido el Diario de Ana María» (15,8). «Yo tenía algunas dudas sobre esto, que se disiparon al leer el Diario de Ana María» (15,10). «Aunque todo lo supe a un tiempo, cuando realmente me he enterado de la información médica —un modo de hablar— ha sido leyendo el Diario de Ana María y el Diario de Daniel, de Michel Quoist. Creo que es un libro recomendable para ciertas edades. Se evitan inquietudes y malos ratos de querer saber» (18,1). «A los catorce años y mes leí el Diario de Ana María y el Diario de Daniel. Son libros muy bonitos y buenos» (16,6). «Creo que es muy aconsejable el libro el Diario de Ana María, para chicas, y para chicos, el Diario de Daniel» (16,9).

⁴⁴ «Algunas de mis compañeras... recorren y recorren los diccionarios, quedándose igual que antes, y aún, si cabe, con más dudas» (16,1).

nes ⁴⁵. Y piden que dichas personas actúen efectivamente, es decir, que de verdad sea un hecho la iniciación sexual del niño ⁴⁶.

7. *Cómo realizar la iniciación sexual.*

No podían faltar alusiones espontáneas al modo cómo realizar la iniciación sexual en la infancia. Se insiste mucho en que el iniciador conozca a fondo a la persona iniciada, es decir, que sea buen psicólogo ⁴⁷. Esto supuesto, se aboga por que se realice en particu-

⁴⁵ «Necesitamos a alguien que de una manera clara nos lo diga todo» (15,9). «Lo ideal sería que todas estas informaciones fuesen dadas por personas sensatas y se evitasen los efectos perjudiciales que de no ser así se originan en los muchachos y muchachas que empiezan a despertar a la vida» (17,5). «Creo que sería estupendo que hubiera una persona o un libro que te lo explicara todo sin perjudicarte» (15,6). «Debería haber personas especializadas en hacer esta clase de revelaciones» (16,9).

⁴⁶ «Yo creo que necesitamos mucha ayuda, y se nos abandona con bastante frecuencia» (16,8). «Si una persona mayor me hubiera indicado bien lo de los niños, como hicieron lo de la menstruación, hubieran evitado muchos males... Quisiera que... llegase de verdad una época en que se realizase este deseo: que se supiesen las cosas rectamente, dichas por una persona mayor» (15,2). «Que no se deje tan al azar este delicado tema. Opino que es lo primero que se debía explicar al tener uso de razón, ya que Dios así lo quiso y no hay nada de qué avergonzarse, ni nada que ocultar» (17,10). «Yo creo que deberían ocuparse más de nosotras en estas cosas. No es suficiente con que un buen día te digan que las niñas nacen de las madres y que se da un hecho en la mujer que periódicamente tiene algo así como hemorragias. Esto vale para una niña. Pero cuando llega el momento en que deja de serlo para convertirse en mujer, sería necesario que nos aclarasen que todo eso tiene un fin puesto por Dios, que es maravilloso, y que dentro del matrimonio la mayor felicidad son unos hijos. Que nos dijeran entonces que las molestias de la menstruación no deben sernos una carga, sino un honor. Algo así como el abrigo de nuestro sacrificio que preparamos para cuando Dios quiera que seamos madres. Con todo esto nos evitarían muchos rompimientos de cabeza y muchas tonterías. Lo de la intervención del padre, creo que antes de que nosotras, por sentido común, lo intuyamos o nos arremos jaleos, deberían aclararnos que todo esto no es malo. Que Dios lo ha hecho y lo ha puesto dentro de unas leyes, y que sólo cuando se sale el hombre de esas leyes, es cuando peca, como en cualquier otra materia. Es fundamental que nos aclaren a su debido tiempo que el querer saber no es pecado, y que la curiosidad y la imaginación son naturales. Que lo que hemos de procurar es tomar las riendas y controlarlas. Las personas mayores deberían tratar de ayudarnos en particular, y no en manada, lanzando ideas que la mayoría de las veces te son perjudiciales por los líos que te armas. Y, finalmente, ¿por qué, en vez de hablarnos siempre de los peligros de hoy, de lo horrible del pecado y de un enemigo misterioso, no nos aclaran primero que el enemigo no es un fantasma y que lo encontramos concretamente en un amigo, en una diversión, etcétera?» (16,5).

⁴⁷ «Creo que todos estos temas se deben tocar después de conocer a fondo a la persona con quien lo vas a tratar, y, además, siendo un poco psicólogo para darte cuenta de sus reacciones. Todo esto lo digo porque creo que estas conversaciones a los niños y niñas y hasta los chicos y chicas jóvenes les excita a sus órganos e incluso llegan a incitarles a caer... Después de haberse enterado, cuando se llega a los catorce y quince años, en esta edad en la que estamos más desequi-

lar⁴⁸ y paulatinamente, adaptándose en cada caso a la mentalidad de la niña, diciendo siempre la verdad, lo que no excluye la posibilidad de envolverla en cierto halo poético que para nada la empaña; antes al contrario, puede hacerla mucho más simpática y admirable⁴⁹.

Importa también presentar todas estas cosas como algo completamente natural, para no asustir a la niña y evitar que lo considere tabú⁵⁰. Al mismo tiempo, hay que tener cuidado de «sobrenaturalizarlo», es decir, hacer ver en todo ello la voluntad de Dios, que ha dispuesto y quiere positivamente que las cosas sucedan así y no de otro modo⁵¹.

Llama la atención en este sentido la cantidad de alusiones que se hacen a la necesidad de destacar el aspecto positivo y noble de lo sexual. Hay que dignificarlo y presentarlo como lo que es en los planes del Creador: algo verdaderamente magnífico, maravilloso y santo, vienen a decir las adolescentes⁵². Esta urgencia por que se

librados tanto moral como intelectualmente, si no se trata con cuidado estos temas, es fácil caer. Precisamente porque se confunde la idea de que es la cosa más maravillosa que existe, pues ha sido Dios el que lo ha hecho así, es que no es malo, sino, por el contrario, bueno, con el que lo puedas hacer cuando te venga en gana y con quien quieras» (15,11).

⁴⁸ «Las personas mayores deberían tratar de ayudarnos en particular, no en manada, lanzando ideas que la mayoría de las veces te son perjudiciales por los líos que te armas» (16,5).

⁴⁹ «La información no ha de ser brusca, sino adaptada a la edad del niño, y aunque vaya mezclado algo de fantasía, no importa, con tal que no se les mienta» (17,11).

⁵⁰ «Creo que todos estos temas deberían ser presentados ante todo como la cosa más natural del mundo, pues entonces el niño ni quedaría asustado como suele quedar, ni lo tomaría como tabú, que es cuando más se toca» (16,10). «Me gustaría que el tema de la procreación de los niños lo hablaríamos con naturalidad y sin tonterías, y que a todos se nos dijese de dónde provienen (aunque no se explique la intervención del padre hasta que sea apropiado), sin andar con cuentos de la cigüeña.»

⁵¹ «Creo que deberían aclarar las cosas en este aspecto, siempre sobre lo natural, o sea creadas por Dios y muy sobrenaturalizadas» (16,9). «Creo que lo mejor es tratar estas cosas con naturalidad, sin poner "mitos", haciendo ver como malas unas cosas tan maravillosas y que al fin de cuentas son obra de Dios» (15,7).

⁵² «No presentarlo como algo misterioso, sino como algo verdaderamente magnífico y maravilloso» (16,9). «Me parece una de las maravillas más grandes que ha hecho Dios» (17,5). «La vida es estupenda, y hay que aceptarla y amarla con ojos puros, ya que Dios no hace nada impuro; somos los hombres los que torcemos las cosas» (17,6). «Creo que a las pequeñas de siete u ocho años se les deben decir muchas cosas, pero como si se les dijera cualquier otra cosa, sin rodeos, como cosa buena y sagrada que es» (18,11). «Hacer ver a los niños que todo esto es bueno y hecho por Dios» (15,9). «Creo de vital importancia que se explique claro y sobre todo como bueno, que lo hizo Dios» (17,2). «Es necesario que se expliquen todas estas cosas, pero enfocadas de manera

subrayen los aspectos exultantes de lo sexual por de manifiesto, una vez más, el modo lamentable como, hoy por hoy, se ofrecen la mayoría de las veces estas realidades a las jóvenes o las tratan entre ellas. En el fondo, esto les asquea y les hace desear formas de pensar y de hablar más en consonancia con sus aspiraciones a la pureza y a la belleza ⁵³.

Por fin, y es éste uno de los puntos en que más se insiste, juntar la delicadeza con la claridad. La delicadeza, para no herir la sensibilidad a flor de piel de la muchacha, sobre todo en determinados momentos. La claridad, para no dejar lugar a dudas y desvanecer el misterio, siempre perjudicial, en torno a estas verdades, pues incita a la investigación personal, lo que suele acarrear mayores perplejidades ⁵⁴.

8. *Cuándo empezar la iniciación sexual.*

A esta cuestión se ha contestado ya con datos estadísticos. Si volvemos a enfrentarnos de nuevo con ella aquí, es para destacar lo que sobre el particular exponen ahora espontáneamente las muchachas. Se observa que de una forma o de otra, todas coinciden en que, tratándose de la *primera iniciación*, hay que hacerlo lo antes posible para prevenir la intromisión desafortunada de las amigas o personas malintencionadas. Con lo cual confirman una vez más el principio general de que el niño debe conocer desde siempre la verdad y que nunca y por ningún motivo es lícito engañarle ⁵⁵.

⁵³ «Que nos sepan dignificar las cosas y no estropear con miedos lo más grande de la vida» (17,3). «La intervención de Dios por boca del vulgo está muy desfigurada» (16,10). «Deseo que lo que no es malo no nos obliguen a verlo como tal» (17,6). «Que no sea un tema que se trate en las conversaciones tan ligeramente como algunas veces se trata» (17,11).

⁵⁴ «Es preciso hablar claro y con pleno conocimiento, que no quede lugar a dudas» (16,9). «Creo que a los niños hay que hablarles con delicadeza y claridad» (17,2). «Que a los niños se les hable con naturalidad, contestando a sus preguntas, de manera que no lo busquen por sus propios medios, pues sería peor. Explicárselo todo claramente, diciéndoles siempre la verdad, y que no esperen a que sean mayores para contárselo» (16,1).

⁵⁵ «Para mí, lo que más me gustaría es que se dijera la procedencia de los niños a las niñas cuanto antes mejor. Porque si empiezan con la bobada de la cigüeña, luego te desilusiona, o sea te deja fría; y, sin embargo, si no se mencionara a la cigüeña, sería otra cosa muchísimo más favorable» (16,2). «Por Dios, que se lo digan todo esto antes que se entere por una amiga o por una persona que le haga mal» (16,2). «Me parece que se les debe decir en cuanto tienen sentido común...» (15,9). «Que se vea claramente que Dios las ha hecho así y que, como todo lo que sale de Dios es bueno, no nos tenemos que avergonzar» (16).

9. *La iniciación sexual y la mentira.*

Hemos visto ya las consecuencias de la mentira en este terreno. Es ésta una de las prácticas de los mayores contra la que se levantan masivamente las muchachas, protestando, no sin razón, de lo que podríamos llamar abuso de la credulidad de los tiernos años.

Cuando la niña, mucho antes de lo que sospechan sus progenitores, descubre que ha sido engañada, empieza a perder la ingenua confianza que hasta entonces había tenido en ellos. Movida por una especie de instinto de autodefensa, reacciona dudando de cuanto le digan en adelante y dando más crédito a la amiguita o a la criada, que, al fin y al cabo, le han dicho la verdad. Da verdadera pena la paladina confesión de agradecimiento de algunas adolescentes hacia una compañera o criada por haberles descubierto estos misterios cuando sus padres se los mantenían celosamente ocultos.

En síntesis, las ideas expuestas por las adolescentes en torno al problema de la mentira podrían resumirse en los tres puntos siguientes:

- No mentir nunca. Con ello sólo se consigue la pérdida de confianza de la pequeña en quienes la engañan. La verdad, por el contrario, engendra confianza en quienes la dicen ⁵⁶.
- Se impone el destierro definitivo de los sistemas de educación de todas esas historias ridículas con que tradicionalmente se ha

⁵⁶ «He oído muchos disparates que han hecho luego que los niños no se fien de sus padres ni se confían a ellos» (18,4). «Lo principal es no decir mentiras a los niños, aunque no se les aclare lo suficiente hasta cierta edad, porque si se les miente, ellos pierden la confianza» (16). «Nunca hay que mentir en estas cosas. Lo único que se consigue mintiendo es que la niña pierda la confianza con la persona que le miente: se tiene suficiente inteligencia para darse cuenta de cómo son las cosas» (16,11). «Que cuando una niña empieza a preguntar estas cosas que saltan en seguida a su mente, por favor, que no la mientan, que por muy pequeña que sea, deben decirle la verdad..., para que, en lugar de desconfiar de sus padres, les tenga más cariño, porque son naturales. Todo esto es el efecto de la poca confianza que las madres tienen para con sus hijas, teniendo en cuenta que todas las hijas quisiéramos tener absoluta confianza con nuestras madres y que ellas fueran las más "amigas" de todas y no las más alejadas» (17,2). «Yo creo que no debería empezarse a decir a los niños que a sus hermanos o demás niños los trae la cigüeña, sino que debería decirseles desde el principio la verdad adaptada a su edad e ir poco a poco ampliando sus conocimientos, por lo que los niños confiarían más en sus padres (que deben ser siempre los que lo digan), y no tendrían que pasar por esa edad crítica de las grandes sorpresas que suelen causar muchas malas formaciones» (17). «Si a un niño pequeño que pregunta de dónde viene mi hermanito, le dijeran lo trae mamá, el niño al principio se conformaría con eso e iría adquiriendo confianza con sus padres, y éstos con sus hijos» (16,10).

venido encubriendo a los niños la verdad de su origen, como si el conocerla fuese algo vergonzoso o malo ⁵⁷.

- A los educadores corresponde formar a los actuales y futuros padres para ponerlos en condiciones de cumplir con sus ineludibles obligaciones ⁵⁸.

10. *La menstruación.*

A pesar de lo dicho en su correspondiente lugar, vuelven a insistir aquí de nuevo las muchachas en lo que pudiéramos denominar pedagogía de la menstruación. Todo gira en torno a lo mismo: preparar a la jovencita para enfrentarse serenamente con el fenómeno antes de que suceda, explicándole claramente su significado ⁵⁹.

⁵⁷ «Para mí, lo que más me gustaría es que se dijera la procedencia de los niños a las niñas cuanto antes mejor. Porque si empiezan por la bobada de la cigüeña, luego te desilusiona, o sea te deja fría. Y, sin embargo, si no se mencionara la cigüeña, sería otra cosa muchísimo más favorable» (16,2). «Creo que es necesario suprimir la bonita intervención de la cigüeña en este asunto. La verdad es preferible; progresivamente revelada, pero siempre la verdad» (15,8). «No debían decir a los niños las bobadas de la cigüeña. Las madres nos creen muy inocentes, y por eso quizá no nos lo dicen» (15,2). «Creo que jamás debe decirse que los niños los traen las cigüeñas: es una majadería» (15,8). «Que en cuanto los niños puedan comprender esto, que se lo digan, si es preciso, la madre. Pero nunca que a los niños los traen las cigüeñas, porque, además, esos niños pueden pensar que su madre es una mentirosa» (17,1). «A mí me parece que lo más necesario, según mi opinión, es que no digan, si es preciso, "la cigüeña", porque no se imaginan, como es lógico, la verdad, y cuando se lo dicen, se quedan "de piedra", si esto sucede, por ejemplo, a los once años o así. En cambio, si se lo dicen a los cinco años, no les hace efecto, se quedan como si nada hubiera pasado. A mí parecer, esto es muy beneficioso, ya que a la niña que le han estado hablando de la cigüeña siempre, al decirle la verdad, si tiene relación con chicos mayores que ella mal formados, le meten un lío, y la chiquilla lo toma por el mal sentido y le parece una barbaridad» (16,2).

⁵⁸ «Yo quisiera que ustedes, que todos los que enseñan, nos enseñasen esto: que nos enseñen a no engañar. La realidad es más cruda, más áspera, pero es mucho más bonita por esto, porque es la verdad» (15,10). «Creo que mi carácter reservadillo se debe a las mentiras que me contaron. Por eso quiero que usted, que sabe mucho más que yo, solucione esto, si es que puede. No que solucione mi caso, que, al fin y al cabo, no es ni caso siquiera, pero lo que quiero decirle es que trate de evitar que los niños sean engañados» (16,9). «Debe enseñarse a los mayores a contar esto a su debido tiempo y a no engañar a los pequeños» (18,4). «Creo que es muy necesario formar a las futuras madres en este sentido, pues dependerá después mucho sobre la felicidad de sus hijos. Se lo aseguro por experiencia» (16,4).

⁵⁹ «Creo que la aclaración última de la menstruación, su motivo y fin es importantísimo explicarlo y pronto» (17,2). «Yo aconsejo que se debe explicar a las niñas antes de que le suceda para que tenga ideas claras, y no le ocurra lo que a mí y a otras como yo les ha sucedido por desgracia» (20,2). «Respecto a la menstruación, a mi juicio, habría que preparar a las chicas a la edad aproximada de producirse en ellas» (15,11). «Que a las niñas cuando vayan a tener la menstruación se lo digan un poco antes y les expliquen lo que es, porque

Creer algunas que esto podría explicarlo mejor un médico, sin duda porque con ellas sucedió así⁶⁰. Pero por poco que se prepare la madre, puede hacerlo, pensamos nosotros, infinitamente mejor.

Si la jovencita no está preparada de antemano y no recibe las aclaraciones pertinentes, terminará por acudir a los libros que están a su alcance en busca de aclaraciones⁶¹.

Llamamos de nuevo la atención sobre el cuidado que ha de tenerse en los internados. Puede suceder que sobrevenga el fenómeno por primera vez durante el curso a una muchacha interna y que no tenga a quien acudir por encontrarse afectivamente lejos de sus educadoras y físicamente distante de sus padres. Es posible que pase entonces por momentos de verdadera angustia⁶².

11. *Los años críticos.*

Por lo orientador que puede resultar, queremos hacer especial hincapié en la edad o años críticos de las muchachas.

Como ya se ha indicado repetidas veces, la curiosidad, una curiosidad de orden meramente intelectual, puede despertar desde muy temprano en la niña en torno a estas realidades⁶³.

Mas cuando verdaderamente empiezan a intrigar estas cuestiones a la muchachita, según sus propias declaraciones, es a partir de los diez años, edad en que se comentan mucho entre ellas estos temas, impulsadas siempre por la curiosidad intelectual: deseo de saber, de

se pueden llevar un susto como me pasó a mí» (15,5). «Cuando a una niña le digan o le hablen de la menstruación, que le digan que así puede ser madre, porque si no se queda con extrañeza» (15,5).

⁶⁰ «Creo que la aclaración última de la menstruación, su motivo y fin, es importantísimo explicarlo y pronto. Sobre todo si lo hace un médico, como a mí me sucedió» (17,2).

⁶¹ «No he sabido por qué ocurría la menstruación hasta los catorce-quince años por medio de libros que leía con avidez» (17,4).

⁶² «Aunque tenía idea de la menstruación, cuando llegó —catorce años— ya no me acordaba, y creí que era una herida. Estaba en el Colegio interna y a las monjas no les dije nada. Pero en cambio llamé a mi padre para que me viniese a buscar, y se lo dije a él claro. El todo era decir: "Luego se lo dices a mamá", lo cual me fastidió bastante» (18,11).

⁶³ «La iniciación sexual de las niñas tiene que comenzar antes. La curiosidad comienza a los cinco años y no a los catorce, como muchos padres creen. Ni siquiera a los doce, antes» (16,4). «Aunque tengamos muy pocos años, no se nos debe engañar. Yo desde los siete años sentí curiosidad sobre el origen de los niños» (17,4).

conocer, de enterarse, por el mero afán de estar informadas y de adquirir una especie de prestigio social ante las demás ⁶⁴

Entonces se inicia un período que puede abarcar hasta los trece años, en el que se exacerban el deseo de saber y las dudas ⁶⁵. Pero la edad difícil, la edad crítica, iría de los trece a los quince años, período en que algunas reconocen haberlo pasado fatal ⁶⁶, debido, sin duda, a la aparición del fenómeno puberal sin estar suficientemente apercebidas ⁶⁷.

Consecuencia de todo ello es que las jóvenes creen pecar mucho durante una temporada que comprende cuatro o cinco años: de los diez a los catorce o de los once a los quince ⁶⁸. Esto mismo nos está indicando ya el cuidado y la solicitud que padres y educadores han de desplegar en estos momentos en torno a sus hijos y educandos. Gran parte de estos problemas, al menos así lo esperamos, se remediarán a partir del día en que desaparezcan las circunstancias en que, de hecho, se desenvuelven, hoy por hoy, nuestras adolescentes.

12. *Consecuencias de la defectuosa iniciación sexual.*

Es ésta la cuestión tal vez más orientadora y la que mejor revela los conflictos que estos problemas provocan en nuestras adolescentes

⁶⁴ «Creo que las madres deberían explicar esto antes de que las hijas puedan enterarse por otros conductos, pues hay muchas que sienten curiosidad a los diez u once años, y no se atreven a preguntarlo en sus casas» (17,7). «Entre niñas de diez años se suele comentar mucho de estas cosas, pero mal sabidas» (15,8).

⁶⁵ «Gracias por preocuparse de esto. Es muy importante para las chicas de diez, once, doce y trece años» (15,2). «A los once años me entraron dudas. Los niños ¿de dónde salen? Empecé a buscar palabras en el diccionario, que fue mi gran ayuda. Las buscaba y me las aprendía, pero siempre inciertas y a escondidas. Entonces mi madre me aclaró lo de la menstruación, pero muy brevemente. Quizá fui yo la culpable, que hice ver como que ya lo sabía todo. Fue por vergüenza y respeto humano, estoy casi segura» (15,6).

⁶⁶ «En general, a mis catorce y quince años lo he pasado fatal. Ha sido un cambio en mi carácter, fisonomía, naturaleza, formación» (16,1). «Después de haberse enterado, cuando se llega a los catorce y quince años, en esta edad, *en la que estamos más desequilibradas*, tanto moral como intelectualmente, si no se tratan con cuidado estos temas, es fácil caer» (15,11). «Los trece, catorce, quince años son la edad crítica en que la niña se hace mujer y sufre cambios físicos y morales, etc. De repente da un chillido, está contenta, luego sería o llorando, sin hablar con nadie, estando sola encerrada, quizá leyendo cosas íntimas...» (16,2).

⁶⁷ «Cuando peor lo pasé fue cuando la menstruación. Yo sabía algo, pero nada. Y me atormentaba pensando: ¿para qué es?, ¿por qué?, ¿cómo? En fin, preguntas que se agolpaban en mi cabeza y me golpeaban» (16,1). «Concretamente, en mi caso, comprendo lo que es tener que vivir uno o dos años pensando en esta clase de problemas, sin saber cómo solucionarlos» (15,6).

⁶⁸ «Se peca mucho durante cuatro o cinco años. Lo sé por todas mis amigas de colegio y de calle, y por mí» (16,3).

cuando quedan mal resueltos. Nos fijaremos tan sólo en los aspectos de más bulto. Las muchachas han matizado mucho, y considerar todos los matices nos llevaría demasiado lejos.

En lo que más coinciden las adolescentes consultadas es en afirmar que «la ignorancia», «el desconocimiento de estas cosas», «el no saber sus consecuencias», «el no conocer la verdad», «la falta de una conveniente explicación», acarrea en muchos casos fatales consecuencias. La principal es «la pérdida de la pureza», es decir, los pecados de pensamiento, palabra y obra contra esta virtud⁶⁹ ¿Creen estas jóvenes ingenuamente que la sola información bastaría para evitar todas esas faltas? Hay que reconocer, con todo, que si bien es verdad que la mera información es incapaz por sí sola de suprimir todas las faltas, no pocas se remediarian con ella.

Sin salirnos del campo de la moral, existe el peligro de que la niña, a modo de juego, y desconociendo sus verdaderas consecuencias, se entregue, sola o en compañía de otras, a las prácticas ipsatorias y llegue a adquirir hábitos viciosos difíciles de desarraigar⁷⁰. Es evidente que tampoco en este caso basta la mera información para alejar

⁶⁹ «Yo creo que me enteré tan mal de algunas cosas, que luego me hicieron dar resbalones grandes en el sentido de pensamientos, palabras y aun incluso obras» (17,9). «Sólo puedo decirle una cosa: si se saben bien estas cosas, se evitarán muchos pecados de impureza con las amigas» (19,4). «Si de algo le sirve le diré que todo esto contribuyó a que perdiera la pureza» (20,8). «Yo he pecado muchas veces contra la pureza porque no me dieron a su hora una explicación sobre estas cosas puestas por Dios» (16,9). «Creo que si muchos caen en pecado, es por falta de conocimiento de este tema y no saber sus consecuencias» (16,2). «A mí, estas declaraciones "amistosas" me han influido mucho con respecto a la pureza» (18,1). «No conozco sólo un caso, sino muchos, en los cuales la iniciación sexual no se ha hecho como debe ser, dando fatales consecuencias» (18).

⁷⁰ «Por favor, que se aclaren bien las cosas y no se exageren como me lo hicieron a mí. Porque por un tiempo sentí asco de la vida, y por otro lado, muy malos pensamientos y deseos. Yo creo que si Dios entonces no me ayuda, hubiera sido muy fácil ahora haber adquirido algún hábito malo para siempre» (17). «Me enteré que los niños provenían de las madres por unas amigas. Desde entonces comentábamos de vez en cuando. Quizá alguna, no lo recuerdo bien, haya dicho groseramente la parte que tenía el padre en la procreación. Un día, nos encontramos imitándoles (entre niñas fue). Y desde entonces cogimos un hábito que nos avergonzaba, pero no lo dejábamos. Quizá pudiera más que nuestra frágil voluntad, pues fueron muchas las veces que nos proponíamos arrancar ese hábito y otras tantas las que caíamos. Gracias a Dios, a fuerza de caídas, de voluntad y ayuda divina, he logrado desterrarlo. A veces, hace ya algún tiempo, tenía que hacer verdaderos esfuerzos por mantenerme y no consentir la tentación. Una vez más veo y echo de menos la necesidad de una buena educación sexual. Desgraciadamente, mi experiencia propia me servirá para aplicarla a la de los demás y tener especial cuidado» (18).

el peligro. Pero es seguro que produce más estragos la ignorancia que la ilustración realizada por personas competentes.

Pasando del plano moral al plano estrictamente psicológico, la iniciación sexual realizada torpemente por personas inadecuadas, o el abandono de la niña a sí misma frente a estas cuestiones, puede influir de mil maneras en su carácter, acomplejándola, haciéndola reservada e introvertida ⁷¹, llenándola de dudas, errores, preocupaciones y quebraderos de cabeza ⁷². Puede, igualmente, provocar en la adolescente un asco incoercible a todo lo relacionado con lo sexual, impedir que lo enfoque en su recto sentido e incapacitarla para descubrir lo que tiene de noble y elevado ⁷³.

⁷¹ «Verá, yo no es que me haya pasado una tragedia o nada así, pero es que me llevé tanta impresión cuando me dijeron todo aquello, no por el hecho en sí de que los hijos nacieran de los padres ni nada de eso, sino por el hecho que no me lo hubieran dicho antes y de una manera sencilla. Creo que soy un poco tímida, y, además, esa desconfianza y ese engaño que tuvieron conmigo no sólo en eso, sino por la cosa de los Reyes y demás. Bueno, el caso es que ahora no me atrevo a decir nada, soy a veces desconfiada. Ahora precisamente no tengo ningún problema que contar ni que solucionar. Pero si lo tuviera, creo que no se lo diría a nadie... Creo que mi carácter reservadillo se debe a las mentiras que me contaron» (16,9). «Yo creo que ha influido mucho en mi carácter el que no me hayan explicado en casa lo de la menstruación» (16,5). «Mi madre, que no supo o no quiso decirme nada, me creó un sin fin de complejos y miedo, del que surgió ser introvertida cien por cien. Hace tres años que estoy sufriendo las consecuencias por su culpa. Nunca jamás supe contarle nada ni siquiera hablarle, porque ella tampoco lo hizo conmigo. Y me convertí así en una niña difícil, harta de vivir desde los diecisiete años, sin ilusiones ni nada» (19).

⁷² «Debido a esa manera incompleta e inexacta que tenemos de enterarnos de estas cosas, nos formamos, a lo mejor, la idea de que lo sabemos todo en ese asunto, y el batacazo viene cuando te das cuenta de que no es cierto. Suele ocurrir, a lo mejor, que sepamos más de lo que creemos y estamos devanándonos por averiguar o imaginar lo que juzgamos que no conocemos, con gran perjuicio para nosotras» (15,8). «Creo que deben explicar todo antes de la edad exacta, porque normalmente vienen las dudas antes y nos dicen las cosas cuando ya las sabemos, después de volvernos locas pensando cómo será y consultando libros» (16,10). «Hubo una época en que estas cosas me daban verdaderos quebraderos de cabeza» (16,2). «En realidad yo sufrí bastante por estas cosas, y es muy importante que la persona encargada de esto esté muy capacitada, pues luego de aquí provienen muchos fallos y cosas que ocurren» (19,3). «Cuando lo digan, sea claro y bien dicho. Evitarían comentarios entre los niños, que están esperando coger de aquí una cosa y de allí otra» (18,1). «Que a los niños de ahora se les digan las cosas claras, evitándoles así pensamientos y dudas ilícitas» (16,5). «Me gustaría que nos diesen (usted mismo) algún título sobre algún libro que pusiese lo que le hace el hombre a la mujer para el nacimiento del hijo, o nos mandase unas cuantas hojas hechas por usted sobre esto. Ya que si no, me imagino cosas que me son muy perjudiciales» (15,11). «No tengo ideas claras en nada. Además, muchas cosas que me dijeron se contradicen. Mi mamá me dijo que le preguntase lo que quisiera, y yo no le quiero preguntar nada» (15,9). «Estas averiguaciones que hice sobre estas cosas por personas inadecuadas fueron luego causa de preocupaciones, dudas, malos pensamientos y angustias» (16,1).

⁷³ «No hay cosa, creo yo, que deje más huella que éstas, que o no se han

Todo esto puede repercutir también en el campo de la práctica religiosa. La ipsación, las conversaciones sobre temas sexuales, la menstruación, cuando se desconoce su verdadero y recto sentido, crean un sentimiento de culpa en la muchacha y provocan en ella un sin fin de escrúpulos que la obligan a abstenerse, al menos temporalmente, de la frecuentación de los sacramentos ⁷⁴.

13. *Peticiones y propósitos.*

Muchas cosas más, y no ciertamente carentes de interés, podrían añadirse aún a este capítulo. Pero tenemos que pararnos para no alargar excesivamente el trabajo. Por otra parte, creemos haber dicho lo más importante y dado suficiente materia de reflexión para padres y educadores.

Vamos a terminar indicando sucintamente las peticiones que hacen las muchachas y los propósitos que formulan ya desde ahora para cuando sean madres.

En cuanto a lo primero, he aquí las ideas principales:

— Que se vigilen más por parte de las madres las amistades de la niña y el servicio ⁷⁵.

sabido a tiempo, o la persona que te lo dice no es la adecuada» (15,6). «Que se formen bien las chicas en este aspecto, porque sólo lo están en el aspecto carnal, y el más bonito y mejor es el espiritual» (22,3). «Lo único que puedo decirle es que siento bastante repugnancia por todas estas cosas» (17,6). «Por un tiempo sentí asco de la vida y, por otro lado, muy malos pensamientos y deseos» (17). «Que se hagan cargo los padres de esto, ya que se evitarán muchos errores, como el asco que a mí me da todo esto, y eso creo que ha sido por inculcarme en corrillos y demás conceptos equivocados y tonterías que se diferencian bastante de lo que es la realidad» (17). «Todas las explicaciones que me dieron, me dieron repugnancia, me revolviéron. Claro, no estaban preparados. Yo creo que aunque ahora lo veo con otros ojos, no acabo de penetrar en lo que tiene de elevado esta función» (18,3). «A mí me perjudicó, y aún me queda algo de que no me dijo nada mi madre, y es muy diferente que te lo diga una amiga, porque si digo la verdad, no sé si lo que me dijeron es todo exactamente como sucede» (17,10). «Todo esto deja rastro para toda tu vida como no hayas tenido buena información» (15,8). «Nos hace un mal tremendo el que no se nos explique todo con la claridad necesaria, ya que luego te costará enfocarlo de nuevo en la forma que debe ser» (15,9).

⁷⁴ «Actualmente llevo dos años con unos escrúpulos fenomenales en esa materia. Estoy casi segura que son consecuencia de la forma en que me enteré de todas estas cosas, pues nunca he tenido una conciencia clara en este aspecto» (17,5). «Recuerdo que por mala formación en este sentido (se está refiriendo a la menstruación), he dejado de comulgar en esas condiciones, por escrúpulos en materia de pureza» (17,11).

⁷⁵ «Si las madres no saben, que lo hagan las religiosas. Pero que no dejen solas a las niñas con la influencia de las amigas y de las muchachas. ¡Que no las dejen solas!» (17,4).

- Que se preste más atención a estos problemas en la adolescencia y antes de la misma ⁷⁶.
- Que se ponga en guardia a las madres sobre el deber que tienen de dar una formación integral a sus hijas ⁷⁷.
- Que se inculque a las personas encargadas de la educación de las niñas el que sean ellas mismas quienes les descubran la parte del padre en la procreación ⁷⁸.
- Que se forme muy bien a las futuras madres para lograr que las próximas generaciones sean más puras que las pretéritas ⁷⁹.

Respecto a lo segundo, es decir, a los propósitos que para el futuro forman estas adolescentes, he aquí los más salientes:

- Servirse de la experiencia propia para formar a los demás ⁸⁰.
- Formarse ahora bien para formar más tarde a los que Dios les confíe ⁸¹.
- No engañar jamás a los futuros hijos. Explicárselo todo en el momento oportuno. Darles una esmerada formación en este sentido. Llegar a ser sus mejores amigos ⁸².

⁷⁶ «Que se preocupen de estos problemas, ya que son importantísimos en la edad de la adolescencia o antes» (18,1).

⁷⁷ «Ponga en guardia a las madres del deber de formar enteramente a sus hijas» (16,8).

⁷⁸ «Me parece muy importante que inculque a las personas encargadas de educar que son ellas las que tienen que enseñar la parte que el padre tiene en la procreación de los hijos, especialmente. Ya que esto, si se lo enseñan con ojos malignos, puede traer muy malas consecuencias en la vida, principalmente en la juventud, pues pueden venirte pensamientos y tentaciones muy difíciles de salvar» (17,2).

⁷⁹ «Sólo puedo decirle que nos forme muy bien a las futuras madres para que la próxima generación sea más pura» (17,6). «Mi caso es como el de cientos de niñas. Yo creo que "esto" había que remediarlo. Me refiero a lo de enterarse tan suciamente» (16,2).

⁸⁰ «Desgraciadamente, mi experiencia propia me servirá para aplicarla a la de los demás y tener especial cuidado» (18).

⁸¹ «Por lo de ahora, estoy comprobando algunas cosas que no entiendo bien para luego poder enseñarles a los niños las verdades sin malicia, y como natural, porque lo es» (18,5). «Yo desearía que recibiéramos una educación más extensa sobre este sentido para que el día de mañana podamos educar perfectamente a nuestros hijos, y así evitemos ciertas reacciones que nosotras sentimos» (16,1). «Es necesario instruirnos a nosotros, futuros padres, para que tengamos en cuenta a nuestros hijos» (18).

⁸² «Pienso que a mis hijos jamás les engañaré» (15,10). «Mi novio y yo hemos hablado todo claro de temas parecidos a éste, y pensamos que a nuestros hijos les vamos a hablar los dos claro» (16,6). «Viendo mi caso, no permitiré lo mismo en aquellos que me sean confiados: los niños o mis futuros hijos (estudio magisterio)» (18). «Si alguna vez tengo hijos, les explicaré esto en el momento oportuno para que no lo desvaloricen» (16). «Creo que todas mis compañeras piensan lo mismo, no sé si después lo cumpliremos, que es aclarar estas cosas a nuestros hijos y hablar con ellos como si fueran nuestros amigos» (16,6). «Mi mayor pecado sería hacer lo mismo que han hecho conmigo con mis hi-

IV. CONCLUSION

A lo largo del extenso trabajo que acabamos de presentar hemos oído expresarse a las adolescentes de manera elocuente sobre el tema tan importante como apasionante de la iniciación sexual de la niña y de la joven. Aunque a veces no hayamos podido evitarlo, no ha sido intención nuestra en ningún momento emitir opiniones personales, sino recoger tan sólo, con la mayor objetividad posible, las de la juventud femenina española.

Ahora bien, esta exposición quedaría incompleta si no añadiésemos algunos juicios personales para confirmar, completar o rectificar los de las adolescentes, y orientar así a padres y educadores. En realidad, este trabajo está ya realizado y publicado en los números 1 y 2 de la revista APUNTES. A ella remitimos al lector. Allí encontrará igualmente una sucinta pero moderna bibliografía para ampliar su información sobre el tema

jos» (16,9). «Yo, por mi parte, a mis hijos pienso darles una buena formación en todo» (16,8).